

distinguan de los capuchinos mas que por el color del hábito ; el de los agustinos era negro y llevaban un cinturon de cuero: los de Francia no se distinguian de los de Italia mas que por la barba larga que usaban , mientras que los italianos se hacian afeitar como los españoles , que no tenian capuchas puntiaguadas como los otros y que llevaban una capa mas larga , y en los piés simples sandalias ó alpargatas.

En 1743 , habiendo llegado á España dos vicarios generales de las islas Filipinas , quisieron fundar en Valladolid un colegio de su profesion colocando la primera piedra de este edificio en el campo llamado Grande en 1759 , siendo hoy una de las casas esceptuadas de la estincion como colegio de las misiones para Ultramar.

Tenia esta órden en la península tres provincias : la de San Agustin con 43 conventos de religiosos y 43 de monjas sujetas al ordinario : la de Nuestra Señora del Pilar con 42 de religiosos y 7 de religiosas sujetas al ordinario ; y la de Santo Tomás de Villanueva con siete conventos de religiosos y 43 de religiosas sujetas al ordinario.



LA CARTUJA DE VALDEMOSA.

(MALLORCA.)

I.

LA TRADICION DEL VALLE.



ERMOSO valle , valle regalado ! valle fresco y riente como una idea de amores!...

Aunque es preciso verle este valle como le ve el peregrino , al despertar del sol.

Dulce y bella es la noche , vanse debilitando y oscureciendo ante los ojos del viajero los mas deliciosos paisajes , los mas dilatados horizontes.

Cerca ya de Valldemosa , el camino se enrisca y trepa casi serpenteador por la estrechura de una garganta.

Se ha ido desarrollando el cuadro mas grande y poético , el espectáculo mas inmenso y sublime que ofrece la naturaleza cuando se duerme.

Siéntese mas bien que no se ve un horizonte vago y profundo. Sin embargo, bien pronto al extremo de este horizonte una luz blanca empieza á subir ribeteando con una franja de plata las negras y amontonadas nubes.

De entre ellas sale primero un débil rayo de luz. Es como la cándida mirada de amor que filtra á través de las sedosas pestañas de una bella, cobijada por el caído párpado.

Despues va lentamente subiendo la luna, saliendo de entre las nubes como de un océano negro, hasta balancear su globo de oro sobre el azur diáfano del terso horizonte.

La luna está pálida.

El caminante se tiende bajo un roble sobre su capa descansando su cabeza en el sombrero de peregrino.

Duerma, duerma sosegado. Imágenes puras le sonreirán en su sueño, en su sueño que velarán castos los rumores de la arboleda, susurrante la brisa que se rasga en los picos de la sierra, misterioso el silencio, el imponente silencio de la naturaleza en calma.

Cuando el peregrino despierta, las sombras cubren todavía los campos, pero las estrellas empiezan á palidecer.

El sueño en medio de la soledad; la frescura del ambiente en que parece nadar su cuerpo, deben haberle infundido algo del bienestar y deleite que fuerza al alma á estar pronta á recibir esas castas emociones de descansada holgura que, como invisibles sirenas, tienen sus nidos de amor en lo alto de las sierras para seducir con goces infinitos al viajero.

Detiénese el peregrino en la elevada cumbre que parece un pedestal dispuesto á subirle al cielo, y agradablemente adormecido por la dulzura de que allí disfruta, deja que el aire le envuelva en sus olorosos y saludables pliegues, y fija la vista en la masa de sombras que el valle hospeda.

Tambien entonces una luz blanca aparece, y las estrellas se esconden bajo un manto de ópalo.

Todo empieza á tomar forma y las formas se destacan de las sombras.

Dibujando su perfil sobre el fondo de un pálido azul, aparecen primero los montes como águilas monstruosas de desplegadas alas.

Cuando el crepúsculo luce, la naturaleza empieza á tener voz. Todos los ruidos del día suben entonces hasta el peregrino.

Pero son ruidos suaves, sosegados, dulces como el aleteo de un ave, como el murmurio lejano de un arroyo que se despeña entre guijas, como el murmullo de dos labios que hablan de amor bajo el oloroso dosel de una alameda.

Si alguna blanca casa se perfila entre las sombras que luchan con el crepúsculo, el peregrino cree ver una paloma perdida sobre la alfombra verde de un campo.

El alba moja con lágrimas de alegría las hojas de las flores que en sus pétalos quedan largo tiempo como cristalizadas gotas.

Es la lluvia de diamantes con que las regala el crepúsculo en cambio del aroma virjinal que les roba á su paso.

Las flores al sentir humedecidos sus cálices con esas lágrimas, balancean coquetamente su cabeza para saludar al alba.

Vése entonces una línea de rojo fuego extenderse en el extremo del horizonte.

Es el primer rayo del sol, peregrino, es ese primer rayo que con bermeja tinta va á herir al otro lado de los mares el cristal de la ventana á que se asomará tu amada para recibir su ardiente beso, ese beso que al mismo tiempo que en sus labios se posa tambien en los tuyos.

Descubre tu frente, ó peregrino, y recibe con religiosidad ese rayo que se posa como un casto pensamiento en los labios de tu virgen desposada.

Variados grupos de nubes de blanca y diáfana vestidura, — su negligé matinal — se ruborizan y tiñense del mas vivo encarnado y huyen á buscar un refugio en las montañas para ocultarse á las miradas del sol, como haria un grupo de púdicas ninfas si los ojos de otro imprudente Acteon las sorprendia en el acto de salir del baño.

El sol sale de entre un mar de fuego bordando flores de plata y oro sobre el lejano mar.

En seguida abraza á todo el valle de un solo beso.

El valle se viste de gala y despliega todo su lujo.

Las aguas que en las entrañas de los montes nacen desarrollan sus diversas cintas de plata.

Inmensos campos de esmeralda brillan á los rayos del sol.

Las acacias hacen ondear sus verdes plumajes dejando caer en el suelo sus odoríferos racimos de blancas flores.

La púdica violeta deja que la brisa al pasar le robe una de sus hojas.

La brillante rosa de separados labios, abierta como boca de una bella para recibir un beso de amor, alfombra el suelo con sus tornasoladas hojas.

El casto lirio junta sus pétalos para proteger á sus pistilos de oro de los lúbricos besos del sol.

Las gleticias bordan en el suelo su caprichoso dibujo.

El aura mueve y balancea las doradas pomás de los naranjos y limoneros.

Las crecidas espigas se columpian en torno de los almendros y los olivos.

El nopal ofrece sus carnosas palas llenas de recias y traidoras puas.

Los árboles en todas partes alzan sus multiformes copas y provocan á la holganza sus incitadoras umbrías.

Los pájaros cruzan veloces el vacío piando alegres y revoltosos y batiendo sus alas y sacudiendo sus plumas y agitando juguetones sus menudos picos.

Todo sonríe y á toda esta armonía del valle se mezcla la campana que con su acompasada voz de bronce canta las matinales alabanzas al Señor.

Vuelve tus ojos en busca de la campana que ha herido tus oídos, ó viajero, y mira en la meseta superior de aquel cerro aquellos cipreses que zumban misterios apenas movidos del viento que parece registrar su ramaje con respeto. Mira aquellos grupos de palmeras que encorvan con graciosa pompa sus ramos sobre un esbelto tronco.

Allí dibuja su mole sombría la solitaria Cartuja.

Es como un vestido de luto en el salón de un baile.

Una cuesta á manera de rústica escalinata te conducirá á la puerta de la cartuja de Valldemosa, ó peregrino, á la puerta que sombrea, secular centinela, un venerable roble con su rejuvenecida copa.

Restos de formidables muros, una fuerte y ancha torre cuadrada en que aun sobresalen varias ladroneras, trozos de una antigua barbacana, la maciza puerta del rastrillo, todo comunica al monasterio un tinte feudal que no te será ciertamente ingrato, ó peregrino, si eres artista, si eres poeta, si amas las viejas tradiciones ó las caballerescas baladas.

Y á propósito, quieres saber, para contársela á tu desposada cuando regreses de tu viaje, la poética tradición que narran los campesinos?

Óyela tú sin darla crédito — que ninguna vieja crónica vendría á corroborarla — pero cuéntasela á tu amada sin que la despojes de esa cándida vestidura de realidad con que engalana el campesino la fábula.

Antes que Don Jaime *el conquistador* se hiciera célebre en la cristiandad con la toma de Mallorca, el moro Muza era el dueño de este valle.

En este valle tenía un palacio y en este palacio guardaba una cautiva.

Era esta cautiva la flor mas bella de las flores del valle. Era la sultana de las flores.

No la amaba el moro Muza con pasión, la adoraba con delirio. Cada tarde venía á arrastrarse á sus piés en entusiasta embriaguez de amor, cada tarde venía, cabalgando en su árabe caballo, á beber á inmensos sorbos la locura que en él producía una mirada de la hermosa cautiva.

Hermosa sí; valía mas ella sola que todo un serrallo de vírgenes georgianas, valía mas que todo un eden de celestiales huríes.

Una tarde cuando llegó Muza, la puerta del palacio estaba abierta de par en par y su cautiva no se había asomado á la oriental azotea para saludarle con la sonrisa de bienvenida.

Muza sintió, sin saber porqué, como un botón de fuego clavarse en su corazón.

Entró en el palacio, no vió á nadie; recorrió las salas, estaban desiertas.

Desiertas las estancias á cuyo alrededor corrían como anchas líneas de sangre las muelles y encarnadas otomanas, desiertas las salas de reposo en que se balanceaban solitarias las hamacas prendidas del techo con cordones de oro, desierto el baño con su mármorea concha y sus dorados grifos, desierto el jardín con sus misteriosas alamedas y sus voluptuosas enramadas.

Allí no había nadie, allí no había nada. Servidores, mugeres, eunucos, todo había desaparecido junto con las joyas, los tesoros inmensos regalados por Muza á la ausente prisionera.

El moro lanzó un rugido tal de dolor que diz se estremeció al oírlo todo el valle.

Subió Muza á una torre del palacio para abrazar de una ojeada toda la campiña.

Nada vió. Solo por allí, hácia el lado del mar, vió una galera que se mecía sobre el agua como una paviota y un tropel de gente que á fuerza de remos y en un bote se acercaba á la galera.

Muza volvió á lanzar otro rugido.

Era aquella una galera pirata.

Todo estaba comprendido. Los piratas le habían robado su cautiva, le habían saqueado su palacio.

El moro bajó de la torre.

Ya cabalga en su caballo, ya á rienda suelta se precipita como un torbellino brotando de sus ojos mas fuego que el que arranca de las peñas con los piés de su caballo.

Muza llega á orillas del mar.

Mar adentro, mar adentro se ha ido la galera.

Qué le importa al moro! Se apea y se precipita en el agua.

Cuanto mas aprisa rema la galera, mas aprisa nada el valiente Muza. El caudillo infiel es el mas hábil nadador de Mallorca. Si un caballo gana á un ciervo en la carrera, él gana á nado una galera.

El capitán pirata ve que se le acerca aquel hombre y aunque le ve llegar solo, tiembla, porque aquel hombre es el moro Muza, el que tiene mas fama de valiente y aguerrido entre los moros.

Quando le ve á cierta distancia, el pirata hace una seña y una lluvia de saetas silvadoras cae sobre el audaz nadador.

El capitán respira, el moro ha desaparecido.

Es que Muza ha comprendido la intencion y, hábil y resuelto buzo, se ha sepultado en el seno del mar cuya agua corta avanzando mas rápidamente cada vez.

El pirata fuma tranquilamente su larga y ensortijada pipa sobre popa, cuando ve asomar una cabeza en un costado del buque. Un hombre ayudándose de piés y manos ha saltado sobre cubierta.

Es Muza.

Antes que pueda hacer el capitán el menor movimiento una puñalada le ha tendido cadáver.

Algunos piratas se precipitan, luchan con el moro, pero, uno á uno, todos caen sin vida á sus piés. Los otros se sobrecojen, se aturden y aterrados se postran de rodillas ante Muza pidiéndole gracia.

El moro, que es tan magnánimo como valiente, les levanta del suelo y les manda que abran su prision á la cautiva y que remen hácia la playa.

Los piratas obedecen.

Muza se vuelve loco de contento cuando vé á su amada, se tuerce los brazos como un delirante, se arrastra á sus piés como un hombre ébrio.

Deja todos sus tesoros á los piratas. No quiere más que á su amada.

En la playa le ha ya depositado la galera.

Vuelve Muza á montar en su caballo hijo del desierto llevando en brazos á su amada que para él no pesa mas que una pluma, torna con ella al palacio delicioso que se eleva en medio del delicioso valle.

Desde aquel mismo dia Muza mandó que se derribara el palacio y én su lugar se elevara un fuerte y robusto castillo que proteger pudiera á la joya de la que era tan avaro.

En efecto, poco tiempo despues un castillo se elevaba en el valle que tomó, dice la tradicion, el nombre de valle de Muza, *Valldemusa*, nombre que se ha ido corrompiendo hasta trocarse en el de *Valldemosa*.

Este castillo fué el que mas tarde se trocó en Cartuja.

Tal es la tradicion.

II.

LA HISTORIA DEL MONASTERIO.

SIN embargo, no es tradicion exacta. Ningun cronista la refiere sino como fabulosa conseja.

He ahí solo lo que arroja de sí la crónica.

El rey Don Sancho I de Mallorca, obligado por la enfermedad cruel que le afligia á buscar la sanidad de los montes y la pureza de los aires, tuvo ocasion de conocer casualmente este delicioso valle y experimentar lo apacible de su sitio. Enamoróse pues de tan dulce soledad que prometia largas horas de recreo á su ánimo y edificó un castillo, verdadero alcázar de placer en la cima de un pintoresco cerro.

Allí pasó las mas de las temporadas que estuvo en la isla; allí vió transcurrir dias serenos, ricos de dulce holganza, henchidos de tranquilos goces. Todavía muestra hoy el labrador hácia la cumbre del Teix el lugar donde acostumbraba á sentarse el buen rey para ensimimarse en melancólica meditacion ó seguir allá á sus solas el hilo dorado de la madeja de sus ensueños. Muchos siglos han pasado y aquel lugar no ha perdido aun el nombre de *La silla del rey Don Sancho*.

El alcázar ó castillo que mandó edificar Don Sancho estaba ya concluido en 1324, la ejecucion habia sido confiada al autor de los planos, el arquitecto mallorquin Guillen Jordá, y cuando ya elevó terminada su robusta mole, encargóse la custodia al honorable Martin Montaner su primer alcalde.

La importancia de este palacio no tan solo se deduce de haber sido el pun-

to donde los reyes de Mallorca tenían su alconar, sinó tambien de la multitud de reales órdenes que se espidieron para que los representantes del patrimonio de S. M. cuidasen de su conservacion.

En 1399, con privilegio de 15 de Junio otorgado en la Aljafería de Zaragoza, el rey Don Martin de Aragón y Mallorca, que era muy aficionado á la orden de los Cartujos, donó este castillo con sus aguas, jardines y bosques al monje profeso de Scala Dei y jurisconsulto Pedro Solanes para que fundara un monasterio.

Inmediatamente se pasó á levantar la casa del Señor sobre la mansion de guerra, y en 8 de Mayo de 1446 Don Juan de Aranda obispo de Albania, que á la sazón se hallaba de paso en la isla, pudo ya consagrar la iglesia.

El aumento de la comunidad trajo la necesidad de mayor ensanche en el edificio, y por esto en 1737 se comenzó la construccion de un nuevo templo, para el cual dió el plano el famoso arquitecto Don Antonio Mesquida.

Un ilustre viajero é historiador catalan que escribió sobre esta Cartuja dice que si bien dió la traza de la iglesia el citado Mesquida, sin embargo, como los trabajos se interrumpieron, otros artifices cuidaron de su conclusion, y el primitivo plan sufrió algunas alteraciones.

Un capuchino y buen matemático, añade, el P. Miguel de Petra, la retocó del cornisamento arriba; el escultor italiano Joaquín Coqui la dió los adornos y distintivos del orden compuesto, al mismo tiempo que ejecutó los florones de los arcos y demás relieves; el escultor catalan Don José Antonio Folch trabajó los dos medallones, que á una y otra parte de la puerta representan al rey Don Martin y al papa Pio V; y Jovellanos, que mas que cárcel encontró en la Cartuja mansion de reposo, quietud y recogimiento, y en los buenos monges compañeros atentos, compasivos y amorosos, tambien allí como luego en Bellver, hizo ocupacion y estudio de su mismo encierro, y si no lo ilustró y perpetuó con su pluma, al menos contribuyó al perfeccionamiento de su fábrica, y á sus consejos se debió que la iglesia se cerrase con bóveda de ladrillo.

Si el viajero penetra en la Cartuja, hallará lo primero un claustro que no llamará ciertamente su atencion como tampoco la iglesia antigua de una reducida nave en cuyo fondo se alza un altar gótico, mientras que las paredes se decoran orgullosamente con los escudos de armas de los Pachs, Nicolau, Labrés, Zaforteza y Olesa, antiguas familias bienhechoras del monasterio.

La iglesia moderna fijará por el contrario sus miradas. Elegante es y de orden compuesto con forma de cruz latina. Su fábrica es de buena piedra y su

bóveda de hermosa ojiva, cuyos arcos cruzados apoyan sobre repisas en lugar de columnas.

El coro es magnífico y admira por su severidad, magestuosidad y sencillez. Quince grandes cuadros le adornaban antes en los que con valentía de dibujo y mucha fuerza de claro y oscuro habia pintado el lego cartujo catalan Fray Joaquin Juncosa los misterios de dolor y gozo. A estos correspondian los frescos de la bóveda, obra de otro lego cartujo de Fuente-Aragon Fray Manuel Bayeu. Estos y otros frescos que hay en el templo son de pincel maestro.

Se ven en el presbiterio tres grandes piezas de ebanistería notables bajo muchos conceptos y que sorprendido se para á examinar el viajero. Es la una el frontal del altar y las otras un atril y la silla prioral que tiene forma de dosel; guarnécenlas ricos y preciosos embutidos que dibujan escelentes arabescos, imágenes y otras combinaciones, nada indignos, segun Piferrer, de ocupar un buen lugar entre las buenas obras de este género.

Al entrar en el templo, á la izquierda, hácelas compañía otro atril en que se apuntaban las misas y solemnidades sobre una tabla tambien embutida, no obstante que sus labores no pueden compararse con aquellas.

El viajero debe visitar la sacristía, digna bajo todos conceptos de ser examinada, y allí contemplar con atencion la silla gótica que, segun fama, perteneciera al rey Don Martin y es obra de mérito.

La revolucion dió tambien por huéspedes á la Cartuja la soledad y el abandono. Vivian en este monasterio el 12 de Agosto de 1835, dia en que se decretó su supresion, 22 monges que empleaban en limosnas todo su crecido patrimonio.

Hablemos ahora de otros recuerdos que inspira el solitario monasterio.